

La creciente desigualdad en la distribución del ingreso

Robert Hunter Wade



Robert Hunter Wade es profesor de economía política en la Escuela de Economía de Londres y profesor adjunto de relaciones internacionales en Brown University. Fue economista en el Banco Mundial en los años ochenta.

NOS PREGUNTAMOS qué importancia tiene realmente la tendencia que está registrando la distribución del ingreso en el ámbito mundial (entre los 6.200 millones de personas, independientemente del lugar donde vivan). Amartya Sen, premio Nobel de economía, señala que la discusión en torno a la tendencia desvía la atención del problema principal, que es la magnitud misma de la desigualdad y la pobreza a escala mundial. La magnitud es inaceptable, sea cual sea la tendencia (Sen, 2001). El autor tiene razón, hasta cierto punto. La concentración del ingreso mundial en el “quintil” más rico de la población mundial resulta chocante. El gráfico muestra la distribución mundial del ingreso por quintiles de población, y resulta irónico que se asemeje a una copa de champaña, con una parte superior ancha y poco profunda y un pie delgadísimo.

Sin embargo, la tendencia reviste importancia. Muchos campeones del libre comercio y el libre movimiento del capital sostienen que la distribución del ingreso mundial tiende a emparejarse al avanzar la globalización y se resisten a la idea de hacer de la reducción de la desigualdad un objetivo de la política oficial a nivel internacional. Además, muchas teorías del crecimiento y el desarrollo generan predicciones sobre las *variaciones* de la distribución del ingreso y, para probar estas predicciones se requiere información sobre las tendencias. El paradigma neoliberal —que ha originado las recetas conocidas como el Consenso de Washington, elemento dominante de la política oficial internacional de desarrollo durante los últimos 20 años— genera la expectativa de que la mayor interconexión de las economías nacio-

nales a través del comercio y la inversión hará más igualitaria la distribución del ingreso en el mundo. Probablemente, si se preguntara a los economistas de Occidente si la distribución del ingreso se ha vuelto más pareja en los últimos 20 años, la mayoría respondería con un “sí” o un “sí, con reservas”.

Si tuvieran razón, sería una prueba de la “ley del desarrollo *parejo*”, según la cual todas las economías se benefician de una mayor integración de los mercados internacionales y las economías con escaso capital y costos más bajos (los países en desarrollo) tienen probabilidades de beneficiarse *más* de una mayor integración que las economías con abundancia de capital y costos más elevados (los países desarrollados). En consecuencia, los países en desarrollo que desean alcanzar los niveles de vida de los países desarrollados deben integrarse más en los mercados internacionales (mediante la reducción de aranceles, la eliminación de restricciones, la concesión de beneficios a la inversión *extranjera* directa, la aceptación de

Distribución del PIB mundial, 1989

(Porcentaje total; quintiles de la población por nivel de ingreso)



Fuente: Desarrollo humano: informe 1992, publicado para el PNUD por Tercer Mundo Editores, Santa Fé de Bogotá, Colombia, 1992.

bancos extranjeros, el control de los derechos de propiedad intelectual, etc.) y dejar que las decisiones de los agentes económicos que actúan en el mercado libre determinen la composición y el volumen de la actividad económica en el territorio nacional. Esta estrategia “integracionista” les permitirá acelerar al máximo el desarrollo o, a la inversa, su estrategia de desarrollo debe ser una estrategia integracionista; de hecho, ambas estrategias son una misma cosa.

Afortunadamente, para las ricas democracias occidentales esta estrategia integracionista va en su propio interés puesto que, al enriquecerse los países en desarrollo, aumenta la demanda de éstos de productos de los países desarrollados y también su capacidad para absorber internamente el crecimiento demográfico, lo que reduce la presión que impone la creciente migración hacia los países desarrollados. En consecuencia, se justifica que el Banco Mundial, el FMI, la Organización Mundial del Comercio (OMC) y los demás organismos mundiales de supervisión procuren lograr la máxima integración de parte de los países en desarrollo, por el bien de todos.

Los indicios

Como podemos ver, el que haya habido más, menos o la misma desigualdad en la distribución del ingreso en los últimos 20 años reviste gran importancia. Es un interrogante que no tiene una sola respuesta correcta puesto que ésta depende de la combinación de medidas que se utilice. Depende de: 1) la medida de desigualdad (un coeficiente como el de Gini, o un coeficiente de “quintil” o “decil”); 2) la unidad de desigualdad (países con igual ponderación, o individuos con igual ponderación y países ponderados según su población), y 3) el método de conversión del ingreso de diversos países a una unidad común (tipo de cambio de mercado o paridad de poder adquisitivo). Si se considera que éstas son opciones, habría ocho medidas posibles, cada una plausible para ciertos fines. También se plantea el interrogante de qué tipo de datos se ha de usar: las cuentas del ingreso nacional o las encuestas sobre el ingreso y el gasto de los hogares.

Mi interpretación de los indicios con que contamos es que ninguna de las ocho medidas alternativas señala con claridad que la distribución del ingreso se haya vuelto más igualitaria en los últimos 20 años. Siete de las ocho medidas indican diversas magnitudes de *aumento de la desigualdad*. La octava — que usa el coeficiente de Gini, países ponderados según la población y paridad de poder adquisitivo — no muestra ningún cambio significativo, lo que se debe a que este coeficiente da demasiado peso a las variaciones en torno al punto medio de la distribución y muy poco a las que se producen en los extremos y, por lo tanto, en este caso, da más peso (que un coeficiente de decil) a China, que tiene un crecimiento rápido; el uso de países ponderados según la población tiene el mismo efecto, y el uso de la paridad de poder adquisitivo tiende a elevar más el ingreso bajo que el ingreso alto, en comparación con los tipos de cambio de mercado. Por lo tanto, esta combinación es la que genera menos aumento de la desigualdad. Sin embargo, en un trabajo reciente de Dowrick y Akmal (2001) se sostiene que los cuadros sobre la economía mundial de la Universidad de Pennsylvania, en los que se basan las mayorías de los cálculos de la paridad de poder adquisitivo

(véase Heston y Summers, 1991) tienen un sesgo que hace que el ingreso de los países en desarrollo parezca mayor de lo que es. En consecuencia, los cuadros *subestiman* el grado y la tendencia de la desigualdad. Al corregirse la desviación, aun la combinación más favorable de medidas indica un aumento de la desigualdad de la distribución del ingreso en los últimos 20 años, aunque la tendencia es menos pronunciada que en el caso de cualquiera de las otras combinaciones.

A menudo se observa que deben preferirse las medidas de la paridad de poder adquisitivo a los tipos de cambio de mercado y que los países deben ponderarse según la población en lugar de tratarse como unidades iguales de observación. Ciertamente, las medidas de la paridad de poder adquisitivo son mejores para medir el poder adquisitivo relativo o el bienestar material relativo, aunque los datos disponibles no permiten más que aproximaciones, especialmente en el caso de China y —antes de los años noventa— en el caso de los países de la antigua Unión Soviética. Pero, aparte de los problemas de datos, el ingreso también puede resultar interesante para otros fines. De hecho, para casi todas las cuestiones que afectan al mundo en general —como los flujos de migración, la capacidad de los países en desarrollo para pagar la deuda externa, el grado de marginalización de los países en desarrollo en la estructura política mundial y, en términos más generales, el impacto económico y geopolítico de un país (o región) en el resto del mundo— debemos usar los tipos de cambio de mercado para convertir el ingreso de los distintos países a una unidad común. Después de todo, la razón por la cual muchos países pobres están apenas representados en las negociaciones internacionales cuyos resultados los afectan profundamente es que el costo de hoteles, oficinas y sueldos en Nueva York, Washington y Ginebra debe pagarse en dólares de EE.UU., no en dólares ajustados según la paridad de poder adquisitivo. Con tipos de cambio de mercado, la conclusión es clara: las cuatro combinaciones de medidas que los utilizan muestran que la distribución mundial del ingreso es *mucho menos equitativa*.

Causas de la creciente desigualdad

¿Cuáles son las causas del aumento de la desigualdad de ingresos? La teoría no es precisamente infalible. Es muy difícil establecer la causalidad. Una de las razones es la diferencia de crecimiento demográfico entre los países ricos y pobres; otra, que afecta especialmente a los de menos recursos, es la caída de los precios de los productos básicos, de más del 50% en términos reales entre 1980 y principios de los noventa, y una tercera es la trampa de la deuda. Los países en desarrollo de ingreso mediano y rápido crecimiento, en su afán por invertir y consumir más de lo que puede cubrir el ingreso nacional, tienden a endeudarse en el exterior —y lo hacen en condiciones más favorables si cuentan con una gran capacidad de rembolso y menos favorables si tienen escasa capacidad de rembolso, como durante una crisis financiera— en lugar de pagar más en épocas de bonanza y traspasar una mayor parte del riesgo a los prestamistas. Vimos una y otra vez, durante los años ochenta y noventa, que los países que liberalizaron y abrieron su sistema financiero y luego se endeudaron en gran escala —aunque haya sido para incrementar la inversión más

que el consumo— corrian el riesgo de caer en una costosa crisis financiera. Una crisis los hace descender en la jerarquía mundial del ingreso. De ahí que podamos considerar la trampa de la deuda como una fuerza en la economía mundial que se asemeja a la fuerza de gravedad.

Otra causa básica es el cambio tecnológico. El que hemos presenciado en las últimas dos décadas más bien refuerza la tendencia a que las actividades de alto valor agregado (incluida la innovación) se concentren en las economías desarrolladas en lugar de dispersarse en los países en desarrollo de costos más bajos. Silicon Valley es el paradigma: las empresas pioneras en la superación de la distancia se congregan en un espacio reducido. Ello se debe en parte al continuo valor económico del conocimiento tácito y las interrelaciones en las actividades con alto valor agregado. Podría decirse que el cambio tecnológico es un pariente distante de la levitación electromagnética, una fuerza de la economía mundial que mantiene al 20% de la población mundial que vive en los países miembros de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE) flotando cómodamente por encima del resto en la jerarquía mundial del ingreso. Si en la economía mundial tenemos analogías con la gravedad y el electromagnetismo, ¿faltará mucho para encontrar la analogía con la teoría de la relatividad?

Consecuencias

La divergencia del ingreso contribuye a explicar otro tipo de polarización del sistema mundial, entre una zona de paz y una zona de disturbios. Por una parte, las regiones del polo rico muestran un orden republicano cada vez más fuerte de crecimiento económico y tolerancia liberal (excepto para los inmigrantes) y una innovación tecnológica que puede sustituir al capital natural cada vez más escaso. En las regiones de los polos de ingreso bajo e ingreso mediano, por otro lado, hay muchos Estados cuya capacidad de gobierno se mantiene estancada o va en disminución, (principalmente en África, el Oriente Medio, Asia central, la antigua Unión Soviética y parte de Asia oriental). En estas regiones una proporción cada vez mayor de la población encuentra cada vez mayores dificultades para satisfacer sus necesidades básicas, mientras ven a otros pasear en automóviles de lujo.

El resultado es una enorme masa de desempleados y jóvenes iracundos, en su mayoría hombres, a quienes la nueva tecnología de la información ha dado los medios para amenazar la estabilidad de las sociedades en las que viven e incluso la de los países ricos. En estos países el crecimiento económico a menudo agota el capital natural y, por ende, el potencial de aumento futuro. Son más y más los que piensan que la migración a la zona rica es su única salvación y unos pocos son arrastrados hacia un terrorismo redentor dirigido a los centros simbólicos de los poderosos.

Necesidad de reorientar los organismos internacionales

El Banco Mundial y el FMI han prestado poquísima atención a la desigualdad mundial. En el *Informe sobre el Desarrollo mundial 2000: Lucha contra la pobreza* se observa que el aumento de la desigualdad de ingresos no debe considerarse

negativo, siempre que no disminuya el ingreso de la parte inferior de la escala y que se reduzca —o no aumente— el número de pobres. Sin embargo, el ingreso en los deciles más bajos de la distribución mundial del ingreso probablemente ha disminuido en valores absolutos desde el decenio de 1980, y no se debe aceptar la afirmación del Banco de que el número de personas que vive con menos de US\$1 diario se ha mantenido constante en 1.200 millones entre 1987 y 1998, porque el método empleado para calcular la cifra de este último año tiene un sesgo descendente en relación con el utilizado para la cifra del primero. Supongamos, en todo caso, que el ingreso de los deciles más bajos ha subido en términos absolutos y que el número de individuos que viven en la pobreza absoluta ha disminuido, en tanto la desigualdad ha aumentado. Cuando el Banco sostiene que esto no debe considerarse negativo, ignora la inestabilidad política y corrientes migratorias conexas que —dejando de lado toda noción de justicia, equidad, y mera humanidad— pueden afectar las vidas de los ciudadanos del mundo rico y el carácter democrático de sus Estados.

Los organismos mundiales de supervisión como el Banco, el FMI, la OMC y las Naciones Unidas deben prestar mucha más atención al problema de la desigualdad mundial del ingreso. Si podemos tomar medidas para evitar el recalentamiento de la tierra, cuyos efectos son difusos y a largo plazo, ¿no podríamos tratar de contrarrestar la desigualdad del ingreso? Debemos empezar por rechazar el supuesto neoliberal de las instituciones de Bretton Woods de los últimos 20 años, ahora reforzado por la OMC, a saber, que la estrategia de desarrollo es meramente una estrategia de integración máxima de cada país en la economía mundial, complementada con reformas internas que hagan factible la plena integración. La distribución mundial del ingreso y muchos otros indicios ponen en tela de juicio este supuesto. La política pública internacional encaminada a reducir la desigualdad mundial del ingreso debe incluir una reorientación básica de las políticas del Banco Mundial, el FMI y la OMC de modo que estos organismos puedan respaldar los esfuerzos de las naciones por impulsar sus propias innovaciones institucionales. **F&D**

Sugerencias bibliográficas:

Dowrick, Steve y Muhammad Akmal, 2001, "Explaining Contradictory Trends in Global Income Inequality: A Tale of Two Biases," *Faculty of Economics and Commerce, Australian National University*.

Heston, Alan y Robert Summers, 1991, "The Penn World Tables (Mark 5): An Expanded Set of International Comparisons, 1950–1988," *Quarterly Journal of Economics* (mayo), págs. 327–68.

Rodrik, Dani, 2001, "The Global Governance of Trade as if Development Really Mattered" (sin publicar).

Sen, Amartya, 2001, "If It's Fair, It's Good: 10 Truths About Globalization," *International Herald Tribune*, 14 y 15 de julio.

Wade, Robert Hunter, 1990, *Governing the Market: Economic Theory and the Role of Government in East Asia's Industrialization* (Princeton University Press).

———, 2001a, "Winners and Losers," *Economist*, 28 de abril.

———, 2001b, "Globalization and world income distribution: trends, causes, consequences, and public policy" (sin publicar, julio).